

el monte, fué descubierto en union de su hija y su hermana, y los aprehensores llevaron á los tres, desnudos, á Colhuacan, donde se les hizo morir en castigo de los asesinatos de Copil y de Acolhúa II, cuyo fin la leyenda de que nos ocupamos atribuye al gefe azteca. Al mismo tiempo fueron reducidos á escombros los edificios de Chapultepec, y los niños y las mugeres vendidos como esclavos. Se hace mencion de un cántico de Mateuchtli, señor azteca, quien decia, lamentando los desastres de su patria: "Chapultepec ha sido testigo de nuestras desdichas: sus muros, hoy desiertos, han resonado con el choque de las armas, y mientras consumia el incendio sus techos, cuatro sitios diversos presenciaban la derrota de nuestros guerreros. Despues de haber triunfado en uno y otro combate, Huitzilihuitl, vencido á su vez, fué á Colhuacan á morir en cautiverio."

## XI.

**Ojeada retrospectiva á Cholula y Tlaxcala.**---Conjuracion de los chichimecas toltecas.---Matanza de los olmecas y xicalanques.---Encantamientos de Camaxtli en la guerra entre Tlaxcala y Huexotzinco.---Caida de los chichimecas y restauracion de Cholula.

Hemos dicho que despues de la batalla de Poyauhtlan, los chichimecas partidarios de la antigua barbarie que en aquellos llanos fueron vencidos, se retiraron en mucha parte á Tlaxcala y Cholula. Algunas crónicas refieren que esta emigracion tuvo efecto con el consentimiento de Quinantzin, y de los demás reyezuelos y señores del Anáhuac, quienes dieron guías á los emigrantes para que, desde las alturas que circundan el valle, les mostrasen las floridas regiones de Huitzilapan. Dirigiéndose por el camino llamado de los volcanes, se desanimaron de pronto, al aspecto de las asperezas que tenian necesidad de vencer, y embarazada su marcha con multitud de ancianos, mugeres y niños, fueron haciendo jornadas cortas, deteniéndose meses enteros en cada lugar, y manteniéndose de la caza de animales, cuyas pieles se-

caban al sol para vestirse. Cuando llegaron á Cholula se hallaron con gente conocida, pues muchas familias de su raza se les habian adelantado, y acerca del establecimiento de los chichimecas en aquella floreciente ciudad consagrada al culto de Quetzalcohuatl, hay una leyenda que el carácter de este libro no nos permite pasar en silencio.

Cholula habia sobrevivido á la ruina de las principales poblaciones del Anáhuac en la primera irrupcion de los bárbaros que dieron fin al reino de Tula, y aun habia progresado con la afluencia de las personas acomodadas que salieron de otras ciudades, huyendo de los chichimecas y buscando la libertad necesaria para seguir practicando sus costumbres sociales y religiosas. Manteniase allí en todo su fervor el culto de Quetzalcohuatl; eran activos el comercio y la agricultura, y la ciudad de los cuatrocientos templos, como la llaman algunos cronistas, reconocia la autoridad de Xiuhtemoc, que, como recordará el lector, quedó á la cabeza de los toltecas en Colhuacan.

Tambien recordará el lector que los chichimecas, despues de la toma de Tula, pusieron allí de rey á Huemac III, y que reconociéndose impotentes para establecer un órden cualquiera en medio de la

anarquia reinante, abandonaron la ciudad, esparciéndose por diversos rumbos. Dice, pues, la tradicion, que las tribus que obedecian á Ixcicohuatl, se retiraron por las faldas del Popocatepetl hácia las llanuras de Huitzilapan, llevando una vida tan miserable, que se ofrecian en esclavitud á las poblaciones del tránsito por solo el alimento. Algunos restos de tales tribus llegaron en tan triste condicion á Cholula muchos años despues, y los gefes político y sacerdotal de la ciudad de Quetzalcohuatl, consintieron en recibirlos como sirvientes ó macehuales. Al cabo de algun tiempo, estos emigrados, á quienes se daba el nombre de chichimecas-toltecas, se olvidaron de su antigua miseria, sintiendo tan solo los efectos de su abyeccion; no eran los trabajos la principal causa de su tristeza, sino los insultos y menosprecios de los cholultecas y la repugnancia con que veian el culto dado al antiguo profeta y legislador, siendo ellos inclinados al de Tetzcatlipoca, su contrario, que solo podian practicar en las sombras de la noche y en el recinto de sus miserables habitaciones.

El deseo de la emancipacion y la venganza comenzó á germinar en sus ánimos, y, como eran muy débiles para trabajar abiertamente en su realizacion, recurrieron á la astucia, y el gefe Ixcico-

huatl, probablemente hijo ó nieto del que los sacó de Tula, los arengaba y excitaba en secreto á recurrir á su dios Tetzcatlipoca en solicitud de ayuda y protección. Aparecióse tal deidad á sus conjuros repetidos; echóles en cara su tristeza y poca fé; anuncióles que pronto serian dueños de aquel país en que vivian como esclavos, y les dió á entender que entonando el cántico chichimeca de guerra, y haciendo danzar á los olmecas y xicalanques, actuales dueños de la ciudad, podrian acabar con ellos.

Una fiesta solemne debia tener lugar de allí á pocos días, y, queriendo aprovecharla para sus planes, Ixcicohuatl fué á echarse á los piés de los gobernantes civil y sacerdotal, á quienes llamaban Tlachiach y Aquiach, pidiéndoles permitiesen que los miserables esclavos tomasen parte en los regocijos públicos cantando y danzando para divertir á sus amos. Accedieron á tal súplica las autoridades, permitiendo, además, que en sus pantomimas hiciesen uso los chichimecas de algunas armas viejas encerradas en los arsenales y que les fueron proporcionadas. Llegado el día de la fiesta, toda la poblacion tomó parte en ella, segun costumbre: se hicieron por la mañana solemnes sacrificios á Quetzalcohuatl, y en la noche, iluminadas calles y plazas, sir-

vieron de punto de reunion al pueblo, entregado á las libaciones de "octli" ó pulque. Llegó el momento señalado para la danza de los chichimecas, y cuantos habia entre ellos en estado de tomar las armas, desde Ixcicohuatl hasta el último de los esclavos, vestidos con sus trages de gala, acudieron á la plaza principal, en rededor de la pirámide, á cuyo pié estaban tendidos los petates ó esteras de los señores olmecas y xicalanques.

Comenzó el espectáculo con representaciones ó farsas que hicieron reir á todos los concurrentes, y en seguida se trazó el gran círculo del baile, formándolo centenares de chichimecas, en cuyo centro quedaron los músicos. Sorda y lúgubre era la orquesta, distinguiéndose en ella el sonido del teponaxtli, y alternando con los instrumentos algunas canciones en alabanza de los príncipes y señores cholultecas, que seguian bebiendo á cual mejor. Insensiblemente los compases de la música y el baile fueron siendo más rápidos; las voces de todos los guerreros uniéronse á las de los primeros cantores, y se formó un coro inmenso, cuyas voces pasaron de lo triste y melancólico á lo animado y terrible, convirtiéndose al mismo tiempo la danza en una especie de torbellino espantoso en que ya no se distinguian unas de otras las formas de los

indios; resonó el teponaxtli con notas mas fuertes y terribles, á que respondieron las de algunos tambores y cuernos ó caracoles en los desiertos cuarteles de la ciudad, y á esta señal convenida, empuñando los chichimecas sus armas, dieron sobre los de Cholula, que estaban inermes, desprevenidos y ébrios en su mayor parte, haciendo en ellos horrosa carniceria y quedando dueños de la famosa capital, á donde, al tener noticia de lo acaecido, acudieron enjambres de otros chichimecas que en distintas poblaciones mas ó menos lejanas llevaban la misma vida miserable que los establecidos en Cholula.

“La conquista de esta ciudad por los teochichimecas de Ixcicohuatl—dice Brasseur—atrayendo hácia el valle de Huitzilapan la atencion de las tribus nómades, contribuyó probablemente á determinar el rumbo de la emigracion de los de Poyauhtlan, á consecuencia de sus combates con las naciones del Anáhuac. Se ignora, sin embargo, el tiempo que medió entre estos dos acontecimientos; lo que sí es cierto, es que en este intervalo fué cuando los hermanos de Quinantzin emigraron hácia Huexotzinco, estableciendo los fundamentos de tal señorío y de Tlaxcallan, á que dieron la úl-

tima mano los hijos de aquel príncipe y sus compañeros de armas.”

Anteriores á la llegada de los hijos de Quinantzin y de los derrotados en Poyauhtlan á las llanuras de Huitzilapan, fueron, indudablemente, otros sucesos de que vamos á hacer mencion. Parte de los chichimecas-toltecas posesionados de Cholula y que extendieron por todo aquel valle su dominio, fué á radicarse en Tepetipac (Tlaxcala) bajo el mando de Teuctli-Quanex. El caudillo de este nombre, abrigando miras ambiciosas, quiso de pronto sacar provecho de las ventajas naturales de su corte, y encastillóse en ella construyendo en todas las alturas circunvecinas fortificaciones que despertaron los celos y temores de los pueblos mas ó menos inmediatos, y especialmente de Huexotzinco. Uniéronse todos ellos en liga ofensiva bajo la direccion del señor de este territorio, y despues de sangrientos combates, lograron posesionarse de algunos de los puntos fortificados por los tlaxcaltecas; mas habiendo éstos acudido en tal apuro al emperador chichimeca de Texcoco, les envió un ejército auxiliar numeroso, y los embajadores que llevaron á Tlaxcala noticia de la salida de tales tropas, fueron tambien portadores de un vaso de azabache ricamente trabajado y que el señor del Anáhuac remitía á

sus nuevos aliados como demostración de aprecio. Fué depositado el presente en las aras de Camaxtli, divinidad favorita de Tepetipac; arribaron de allí á pocos días las tropas texcucanas, y Teuctli-Quanex, contando ya con ellas, extendió y reforzó su línea de defensa, haciendo tajar á pico desde la cima hasta la base las montañas en que se apoyaba. Al mismo tiempo los sacerdotes invocaron á Camaxtli para saber el resultado de la gran batalla que iba á librarse. Pusieron al rededor de su altar palos secos, cañas, pedazos de obsidiana, nervios de animales, plumas y todas las materias que entraban en la construcción de sus armas; prosternáronse en seguida derramando copiosas lágrimas, orando y ayunando por espacio de muchos días, y al cabo de ellos, habló el ídolo—dice la leyenda—para volver la calma á sus afligidos corazones.

Dijoles que nada temiesen y que podían estar seguros del triunfo: mandóles, al mismo tiempo, que buscasen entre las doncellas de la ciudad la que tuviese un pecho más abultado que otro y que la llevasen al templo. Hecho esto, y siempre por mandato de Camaxtli, prepararon los sacerdotes un brevage cuya bebida atrajo leche á los pechos de la virgen; la primera gota que salió al espi-

mírselos, fué respetuosamente recogida en el vaso de azabache regalado por el emperador, y que permaneció depositado al pié del altar entre los palos y cañas, y cubierto con ramas de laurel. En los tres días siguientes inmolaron conejos y culebras y quemaron espinos, ortigas y una yerba aromática cuyo perfume tenía la virtud de embriagar á los concurrentes; Torquemada dice que esta yerba era parecida al beleño; Brasseur hace mención con tal motivo de una especie de tabaco llamado de "picietl" por los indígenas, y que acaso sea la mariguana. Tras todos estos sacrificios y zahumerios acompañados de no pocos conjuros, descubrieron el vaso de azabache para ver si se había operado en él algún prodigio, y se desconsolaron no hallando en el fondo otra cosa que una mancha blanquizca que había dejado la gota de leche al secarse.

En esto llegó el día de la batalla, y los tlaxcaltecas salieron al encuentro del enemigo, que descendía de todas las alturas inmediatas.—Fué terrible el choque y dudoso el éxito de la acción al principio de ella; pero cuando mas se encarnizaban los combatientes cubiertos de pieles de fieras, los soldados de Quanex apresaron á uno de los de Huexotzinco y lo llevaron ante las aras de Camaxtli,

abriéndole el pecho y extrayéndole el corazón. Entonces los palos y cañas depositados en el templo aparecieron convertidos en arcos, flechas y macanas, y el vaso rebosando de leche blanca y espumosa. Uno de los sacrificadores desolló al huexotzinque, y revestido con su piel se lanzó de nuevo al combate, mientras el gran sacerdote, saliendo al vestibulo del teocalli, arengó á los tlaxcaltecas diciéndo-les que ya Camaxtli había obrado maravillas, derramó sobre ellos la leche que parecía hervir en la copa, entesó un arco disparando agudísimo dardo sobre el enemigo, y entonces todas las demas flechas formadas por la deidad al pie de sus aras, partieron por impulso sobrenatural sobre los huexotzinques, envueltos ya en una espesa neblina y completamente derrotados á poco.

Los pueblos vencidos en las orillas de Tepetipac constituian la fracción mas belicosa de los chichimecas-toltecas; sus caudillos humilláronse ante Quanax, y considerando el Tlachiach y el Aquiach de Cholula, emigrados desde la matanza de olmecas y xicalanques, propicia la ocasión para restablecer su imperio en la ciudad de Quetzalcohuatl, pidieron ayuda al jefe tlaxcalteca y llevaron al cabo su empresa, lanzando del territorio á los usurpadores. Las leyes antiguas recobra-

ron todo su vigor, y Cholula en los tiempos subsecuentes se vió libre de los males de la guerra y considerada por todos los principes y señores de Anáhuac, que acudían en peregrinación á ella, como mansion de sus dioses, á los cuales elevóse gran número de templos. "Su comercio—dice Brasseur—ganó visiblemente con ello, lo mismo que su poblacion; sus mercaderes, formando una corporacion poderosa, ponian en marcha numerosas caravanas que llevaban á gran distancia los productos de su industria. Sus telas de algodón estampadas de colores vivos y variados, sus tejidos de pelo de conejo y de liebre, herencia de los antiguos toltecas, eran los mas bellos de todo el país; solicitábase sus obras de esmalte y platería al igual de las de Yucatan, y su alfarería, incomparable por lo fina y por el brillo de la pintura, existaba largo tiempo despues de la conquista, la admiracion de los españoles. Su teatro era el más famoso de la region azteca; su música que sabía adaptarse á todo, y sus piezas jocosas y grotescas, lo mismo que sus danzas, carecian de rival y provocaron mas de una vez los aplausos de los conquistadores y aun de los misioneros, que solieron arreglar algunos pasages de sus dramas á la escena cristiana."

## XII

Puntos en que, al ser expulsados de Colhuacan, se detuvieron los aztecas.—Chinampas ó huertos flotantes.—Sacrificio inhumano de la princesa de Colhuacan.

Aunque algunos historiadores no mencionan la guerra entre cólhuas y aztecas, de que hablamos en alguno de nuestros mas recientes capitulos, todos ellos convienen en que Xiuhtemoc, así por el disgusto y los celos de sus vasallos naturales, como por comprender que le sería imposible reducir á los adoptivos al orden y la disciplina que á cada momento quebrantaban con sus riñas y robos, expulsó, al fin, á los aztecas de sus tierras, saliendo de Colhuacan la expresada tribu al mando de Quauhtlequetzqui, el mismo gran sacerdote que la trajo de Coatepec al Valle, que sacrificó á Copi en la roca de Tlacomocco y que, segun alguna de las crónicas á que hemos hecho referencia, pereció en una escaramuza durante la guerra con Malinalco. Veytia dice que la expulsion tuvo lugar en 1325.

Tal medida parece no haber sido llevada á cabo con mucho rigor por Xiuhte-

moc, puesto que vemos á los expulsos detenerse meses y aun años en lagos y terrenos pertenecientes á la corona de Colhuacan. Vinieron, por principio de cuentas, á establecerse en un lugar llamado Acatzintitlan, y que, á consecuencia de su inmigracion, recibió el nombre de Mexicaltzinco, que significa "lugar de las casitas de los mexicas;" no hallando allí comodidad, ó queriendo alejarse mas de los cólhuas, pasaron á otro lugar, cosa de media legua hácia el Norte, llamado hasta allí Nextipac, y posteriormente Ixtacalco, que quiere decir "lugar de casas blancas." Aquí, segun Clavijero, el día de su llegada, hicieron un montoncillo de papel que probablemente representaba á Colhuacan, (1) y pasaron toda una noche bailando en torno, y dando gracias al cielo por haberlos librado del dominio de los cólhuas.

Como el terreno era escaso en aquellos sitios, y temían al mismo tiempo la persecucion de los xochimilcos y demas poblaciones de las riberas, así para librarse de su azote como para proveer al propio alimento, procedieron á la construcción de huertos artificiales que hasta el día constituyen una verdadera curiosidad, y

(1) Colhuacan, segun el mismo abate, significa *monte corcobado*.

á que se ha dado el nombre de chinampas. Hablando de tal industria, dice Veytia: "Esta fué sacar del fondo de la laguna, como lo hacen hasta hoy, una especie de raíces muy ligeras y enmarañadas que llaman céspedes, las que, sacudidas de la tierra, tienden sobre las aguas, afianzadas unas con otras, hasta formar una camellon de cincuenta ó sesenta y hasta de cien varas de largo, y dos, tres y hasta cinco de ancho, que á causa de su lijereza, nada sobre el agua. Echanle encima media vara de tierra ó pocas mas, que sacan del mismo fondo de la laguna, y en ellos hacian sus sementeras y plantíos de verduras y flores, como lo hacen todavía, dándole el nombre de chinampas; y entonces sobre ellas mismas formaban sus casas, con la gran conveniencia de mudar de sitios siempre que querían, porque aquel campo flotante, con la industria de los remos, se movía como una barca y lo colocaban en el sitio que les era mas conveniente." Existen aún muchos de estos huertos en el canal de México á Xochimilco, y de ellos se recoje no poca parte de la verdura y las flores que abastecen los mercados de la capital; pero los camellones más grandes, en que hay casitas y árboles, de no escasa corpulencia, no son flotantes, sino de tierra que llamariamos firme, á no tener

en cuenta su poca consistencia, que bien demuestra el arte con que fueron formados. Hay, entre unos y otros, canales mas ó menos estrechos por donde transitan las chalupas de los indígenas, formadas muchas veces de troncos de árbol nada gruesos y malamente ahuecados. Infelices mugeres, con sus niños de pecho sujetos á la espalda por medio de una manta, guardan con la actitud del cuerpo y el movimiento de los remos el equilibrio necesario para que no se vuelque el esquife, y sin salir de él recojen de las orillas de los huertos las legumbres que traen á vender al desembarcadero de la Viga ó á las calles de la ciudad.

Los aztecas en su emigracion de Colhuacan, reconocían por gobernador ó caudillo á Tenoch, quien siguió, hasta su muerte, rigiéndolos despues de fundada México; pero en el órden sacerdotal continuaba ejerciendo autoridad Quauhtlequetzqui, de quien se refiere un nuevo hecho horrible, el del sacrificio de una princesa de Colhuacan, señalado por Clavijero con posterioridad á la fundación de México, y por otros historiadores aun antes de la permanencia de los aztecas en Mexicaltzinco ó Ixtacalco, en cuya virtud vamos á hablar de él en esta parte de nuestro libro. El abate Brasseur, apoyándose en lo que atexta Chimalpain,

dice que los sacerdotes, hastiados de residir en Tizapam, hicieron saber al pueblo que no era voluntad de los dioses el que allí permaneciesen por más tiempo, en señal de lo cual habíales mandado Huitzilopochtli que se procurasen una muger y se la ofrecieran en sacrificio, en representación de la madre de los dioses. Como quiera que sea, Quauhtlequetzqui y Axolohua, que también ejercía alta dignidad sacerdotal y á quien veremos figurar de un modo extraordinario en el acto de la fundación de México, pusieron los ojos en una princesa de Colhuacan, que entendemos sería hija de Xiuhtemoc, rey al tiempo de la expulsión de los aztecas, aunque algunas crónicas dicen que de Achitometl. Los mismos sacerdotes fueron á pedirla á su padre, quien otorgó la entrega de la doncella, ora porque temiese desobedecer á Huitzilopochtli, ora porque, ignorando la crueldad sanguinaria de que iba su hija á ser víctima, le halagase la idea de que se preparaban á enaltecerla al rango de madre de los dioses. Salió de Colhuacan la princesa vestida con rico traje y adornada de sus mejores joyas, y acompañáronla muchos nobles de su corte; mas apenas llegó al campamento azteca, cuando la mataron y desollaron, cubriéndose con su piel y sus vestidos un joven á quien los sacerdotes

hicieron colocar al lado del ídolo de Huitzilopochtli, incensándolo y llamándolo "Toci" ó "Teteoinan," que quiere decir nuestra madre. No satisfechos con tamaña atrocidad, invitaron al rey de Colhuacan á que asistiese al apoteosis de su hija. Entró el monarca en el santuario, y de pronto la oscuridad del recinto no le permitió distinguir lo que en él había: pusieronle en la mano un incensario, y solo al levantar llama el copal, vió al joven azteca revestido con la sangrienta piel y los adornos de la princesa, y comprendiendo lo que había pasado, "se le conmovieron de dolor las entrañas— dice Clavijero—y arrebatado por violentos afectos, salió gritando como un loco y mandando á su gente que tomara venganza de tan bárbaro atentado; pero no se atrevieron á obedecerlo, sabiendo que inmediatamente habrían sido oprimidos por la muchedumbre; con lo que el desconsolado padre se volvió á su casa á llorar su infortunio todo el resto de su vida." El príncipe de nuestros poetas líricos, Pesado, escribió sobre este pasaje un romance que se publicó en el periódico religioso y literario "La Cruz."